

La Bretaña Francesa

Dos cosas antes de empezar este diario. La primera de ellas, presentarnos. Somos Fabrizio y Elena, con dos mellizas, Sarah y Angela, que apenas cuentan tres años. La segunda, recomendar el país bretón a quien se aventure en su primer viaje con autocaravana. Por su belleza, sus paisajes, sus costumbres y, sobre todo, por poner a disposición de los autocaravanistas todo lo necesario para convertir su viaje en unas vacaciones memorables. Eso sí, agosto quizá no sea el mes más recomendable para el viaje, porque la mayor parte de los pueblos con encanto están masificados y resulta difícil la circulación y el estacionamiento, más si cabe con una autocaravana (AC). Elegimos la costa atlántica para estrenarnos. Cualquier punto es bueno para fijar los ojos y tomar una foto. Es sin duda un paisaje para disfrutar. A lo largo de este diario vamos a tratar de reflejar nuestras sensaciones, las rutas que escogimos, los precios de los puntos de interés y todo aquello que puede ser esencial para quien apueste por la Bretaña Francesa en un viaje con AC.



A pesar de ser agosto nos llovió buena parte del viaje, así es que recomendamos no olvidar ropa adecuada. Son tormentas que aparecen con la misma facilidad con la que se van dejando paso al sol. No es de extrañar que la Bretaña Francesa pueda presumir de sus verdes valles y sus floreadas colinas y pueblos. Casi podría decirse que las flores nacen solas. En este viaje además tuvimos ocasión de disfrutar con la vista de varios

imponentes faros en pleno Atlántico –de hecho pudimos contemplar, casi sin saberlo, muchos de los faros que habíamos visto en postales y el libros y que siempre habíamos situado en puntos geográficos para nosotros inexistentes-, así como de comprobar la sorprendente acción de las mareas, de degustar las afamadas crêpes y los prestigiosos mejillones con diferentes salsas, y de certificar el orden y la limpieza por la que se distingue esta región francesa.



LUNES 9 AGOSTO

07:30 horas. Dejamos el tranquilo pueblo de Tabanera del Monte (en Segovia) para emprender nuestro viaje. Aprovechamos que las niñas duermen para hacer kilómetros. Tomamos dirección Torrecaballeros, un pueblo por cierto en el que disfrutar del mejor cordero segoviano, para coger la nacional 110, carretera de Soria, en dirección a Burgos. Nuestro objetivo hoy es pasar la frontera y dormir en las Landas.



Desayunamos en la campiña de Lerma, un pequeño municipio de Burgos. Ha sido genial tomar la leche y el colacao junto a unos pastos, lejos del bullicio de la gente, la rutina de la casa.... Era nuestro primer desayuno en AC y lo disfrutamos. Luego retomamos la marcha al ritmo de Sreck –película animada que nos ha acompañado durante todo el viaje hasta el punto de que los diálogos entre el burro y el ogro prácticamente nos los sabemos de memoria-. 14.00 horas. Paramos a comer en Olaberria, en pleno País Vasco. El paisaje te transporta a otros países, pero está aquí, muy cerca de todos. Junto a la escuela pública hay una zona de picnic con columpios incluidos. De allí, a pesar de la gran tromba de agua, decidimos acercarnos hasta Hondarribia (Fuenterrabia) donde disfrutamos de un paisaje precioso, sobre todo con el ir y venir del atlántico, que deja desolados algunos barcos en plena orilla a la espera de que la marea vuelva y les dé de nuevo vida... Este primer día dormimos en Ascaín, ya en Francia, en un área de parking junto al Petit Train de la Rhune en el municipio de Sare. Conviene no llegar muy tarde para coger sitio. Caben unas treinta autocaravanas. Es ideal dormir ahí, para al día siguiente poder coger trastos y subir directamente por el tren hasta las alturas. Es un área bien visible desde la carretera que traíamos de San Juan de Luz. Un pequeño pueblo costero que no pudimos ver al estar totalmente colapsado. Impensable aparcar la AC para pasear por sus calles, casi ni siquiera estacionar cerca de la Oficina de Turismo para recoger información. De hecho, tardamos en hacer veinte kilómetros más de tres horas. Este dato da buena cuenta del lugar turístico en el que nos encontrábamos. Realmente una pena, porque por lo que pudimos avistar desde la AC parecía un municipio digno de ver. Así pues, proseguimos hasta Ascaín, donde los precios por dos zumos y dos chatos de vino blanco también son fiel reflejo de que es un municipio

turístico: 12,5 €.



MARTES 10 AGOSTO

Nos levantamos sobre las 09:00 horas y tras desayunar nos dirigimos al Train de la Rhune. Merece la pena a pesar del precio: 11 € por adulto. Los niños hasta los 4 años no pagan. Conviene no llegar muy tarde, porque de lo contrario se sufrirán las colas frente a las taquillas para adquirir las entradas. Es un paseo de unos veinte minutos en un tren cremallera, que asciende hasta los 900 metros. Las vistas son inefables conforme se asciende. Ya en la cumbre se observa toda la explanada francesa salpicada de casas. También el golfo de Vizcaya, los Pirineos y los verdes pastos del País Vasco. Todo un bosque verde que parece tener a tu alcance durante todo el trayecto. Si se tiene paciencia, incluso se pueden ver águilas y otros animales curiosos. Se recomienda llevar el almuerzo, porque una vez allí merece la pena disfrutar un buen rato del enclave. Trenes de vuelta los hay con mucha periodicidad y no hay problema.

Tras tomar unas fotos, regresamos a por la AC. Serpenteando por la carretera que conduce desde el tren hasta Sare cuesta poco imaginar lo bien que se debe vivir en una de las múltiples casas que decoran el paisaje.

Hay muchos puntos en el camino en los que echarse a un lado y comer bajo pinos.

Cruzamos el pueblo de Ainhoa, que te transporta sin mucha imaginación al cuento de los Picapiedra por sus construcciones. Todas sus casas, de los siglos XVI y XVIII son blancas, adornadas con flores y piedras sobre sus ventanas. Baste decir que ha sido seleccionado como uno de los más bellos de Francia por el Ministerio de Turismo. Hay parking para AC.

Seguimos ruta. Sabíamos que era una pena pasar de largo por Biarritz y

Bayonne, pero el miedo a la masificación y los atascos tuvo más peso. El destino quiso que nos encontráramos con un lugar perfecto para nuestro descanso y el de las pequeñas, y también para disfrutar de nuestro primer contacto con el salvaje Atlántico. Aterrizamos sin buscarlo en Ondres Plage, un pequeño pueblo al norte de Biarritz, a unos diez kilómetros. Su ambiente se asemeja bastante al del Caribe, aunque su arena nada tiene que ver, es más oscura y menos fina. Llegamos sobre las 19.30 horas y contemplamos las fuertes olas con las que se divertían de lo lindo los surfistas. En el mismo aparcamiento de la playa hay una zona reservada para AC y también un punto donde tomar agua y evacuar las sucias por solo 2 €. No obstante, muy cerca, frente a un camping, encontramos una zona de pinada ideal para pernoctar. Nos situamos junto a otra AC, y al final de la noche ya éramos unas cuantas en ese lugar.

Noche cerrada, amenaza de tormenta y silencio absoluto. Ni siquiera los mosquitos hicieron acto de aparición (bueno, a la mañana siguiente sí lo hicieron un grupito de molestas avispas).



MIÉRCOLES 11 AGOSTO.

El día amaneció soleado. No pudimos resistir la tentación de pasar la mañana en la playa, después de desayunar con total tranquilidad pan y croissants franceses. Las fuertes olas impidieron el baño de las niñas... y en realidad de casi todo el mundo. Hay que ser atrevido para adentrarse en las intrépidas olas que ese día se veían en el Atlántico. De hecho, hay una zona de escasos metros reservada para los bañistas y vigilada por varios socorristas. Está totalmente prohibido el baño en el resto del litoral, y no es de extrañar. Junto a la playa hay servicios limpios y duchas acondicionadas. Las olas te tiraban al

suelo con una fuerza brutal a apenas dos metros de la orilla...toda una experiencia.

Tras refrescarnos y tomar un helado tomamos rumbo por el litoral. Salimos de la playa de Ondres y tomamos la carretera D652 para conectar con la D79. Pasamos por Soustons, un pueblo residencial con Club Náutico incluido, y llegamos hasta Vieux-Boucau, junto al mar. Dispone de área para AC, pero también de otras zonas bajo pinos donde poder descansar un rato. Su Port d'Arbret merece la pena. Se trata de un entremetido del mar, por lo que forma una pequeña playa que se mete tierra adentro, lo que permite disfrutar del baño lejos del salvaje Atlántico.

Luego tomamos rumbo a Arcachone, un bonito pueblo marítimo, no precisamente tranquilo. El bullicio de turistas por sus pequeñas y angostas calles es constante. Huele a puerto, a frutos del mar que te invitan a ser degustados en algunos de los numerosos restaurantes dispuestos para tal fin. Fue imposible aparcar la AC dentro de la ciudad ni encontrar un área en el centro reservada para nuestro auto. Así es que, tras divisar desde el coche este pueblo marítimo nos decidimos por ir hacia las afueras con el fin de encontrar un lugar donde hacer noche. En nuestra búsqueda tuvimos la oportunidad de circular por numerosas calles, todas ellas con construcciones que parecían casi mansiones. Preciosas casas con jardines de ensueño, con ventanas y puertas de par en par, casi como si te invitaran a entrar.

Paramos un rato en Pula-S. Mer. Estaba atardeciendo, y la vista desde ese punto de Cap Ferret es auténtica. También se puede comprobar cómo baja el nivel del mar. Las gaviotas revoloteaban por las orillas y alguna pareja disfrutaba aún del buen tiempo y la magnífica vista. Por fin, en dirección hacia La Rochelle, salida de la Dune du Pila, encontramos un pequeño descampado entre pinos donde hicimos noche junto a un grupo de AC.



JUEVES 12 AGOSTO.

Ha llovido intensamente durante toda la noche. Son las 11.00 horas y parece que el cielo comienza a abrirse. Hemos desayunado en un área de picnic, aunque la verdad es que el estado de los servicios no hacían honor a la fama (bien ganada) de Francia en cuanto a calidad y limpieza en estas zonas. Decidimos dejar la autopista y tomar la N-137. Es la mejor manera de conocer Francia. De hecho, en la autopista no nos cruzamos con una sola AC.

A las 14.00 horas llegamos a Fouras. Paramos a comer antes de dirigirnos a la Fumée. Finalmente el día no aclaró. Una pena. Desde la Fumée hay una espléndida vista (debe haberla) de la Ile d´Aix, la Ile d´Oleron y La Rochelle. También puede verse Fort Boyard, conocido por el programa concurso que se ha retransmitido en varios países. Hay un parking a 2 € la hora y un camping justo al lado. El lugar ideal para pernoctar. También algunos restaurantes y chiringuitos que permiten disfrutar de la `Pertuis d´Antioche´. Además, cerca, en la Place Jean Martín, se puede vaciar la AC. También en la Place de Jean Moulin, junto a un pequeño fuerte, el Fort Vauban.

A pesar de la lluvia y el viento pudimos contemplar el mar revuelto y los barcos atracados en el litoral. Existe la posibilidad de contratar paseos en barco hacia alguna de las islas. Hay varias rutas y por tanto, precios variados.

No pudimos disfrutar de La Rochelle como nos hubiese gustado porque la lluvia, a veces en forma de fuertes tormentas, se empeñó en hacer acto de aparición constantemente.

La Rochelle es un hervidero de gente, de embarcaderos, de restaurantes de todo tipo, de terrazas, de puestos en la calle, de payasos y marionetas

humanas que te amenizan la noche.

Dejamos la AC en el parking de La Explanada, gratuito y muy cerca del centro, apenas quince minutos andando (hay servicio gratuito de autobús hasta el centro, aunque está tan cerca que vale la pena hacer el paseo a pie). Servicio gratuito de toma de agua y vaciado. Está situado junto a un gran parque y no está mal. Hay otro más en La Rochelle, pero más alejado, además de un camping –que por cierto estaba completo-.

La Rochelle es una ciudad para pasearla, sin ninguna duda, y disfrutar de sus muchas callejuelas y soportales repletos de tiendas, de souvenirs y pastelerías que desprenden su olor y te invitan a consumir. Esa noche decidimos cenar fuera de la AC y degustar por vez primera en nuestro viaje de los afamados mejillones (moules et frites –mejillones con patatas, servidos con muy diversas salsas, desde provenzal (tomate, cebolla, ajo, perejil y nata) hasta roquefort con nata, a la marinere (vino blanco y cebolla).... Una fama, por cierto, muy bien ganada.



VIERNES 13 AGOSTO

Madrugamos para dirigirnos a la pequeña Ile de Ré. Son las 07.30 horas y ya se adivinan los primeros rayos de sol. Aprovechamos que las pequeñas duermen para adelantar camino. Apenas tráfico en La Rochelle a estas horas. Hacemos parada ya casi obligada en la boulangerie para hacer acopio de panecitos de chocolate, brioche, pan freco y algún que otro croissant,...qué vicio!!!! y tomamos carretera.

Ile de Ré se unió a La Rochelle por un puente de tres kilómetros hace poco más de diez años. Para las AC el precio es de 16.50 €. El primer golpe de vista es ya sorprendente. Se trata de un paisaje similar a algunas islas escocesas. Paramos enseguida para degustar los croissants con mantequilla junto al borde

del mar. Desde allí, a un ritmo tranquilo se contempla la acción de las mareas. Precisamente aprovechando la marea baja un pequeño grupo de pescadores recoge los frutos dejados durante la noche por el mar. Un carril-bici bordea toda la isla, que dispone para el viajero de más de cuarenta camping de todo tipo, y también áreas para AC. Hay tiendas para alquiler de bicicletas, que inundan todas las pequeñas calles y vías. Es una tranquila isla con diez pequeños, casi minúsculos pueblos, unidos por carretera. Un enclave para encontrar el relax y el sol de Francia (cuando decide aparecer). Merece la pena pasar el día aquí, sobre todo a los amantes de las bicicletas. También vale la pena llegar hasta su punta para ascender al Phare des Baleines (faro de las ballenas), por 2,20 € por persona. El esfuerzo de subir sus 240 escaleras se ve recompensado por su espléndida vista. Es un faro que se eleva a 50 metros sobre el pequeño pueblo de Saint Clement de Baleines.

En la isla existe variedad de ofertas turísticas tales como degustar las famosas `huitres` de Ré, disfrutar de un minicrucero entre islas, contemplar todo tipo de pájaros en el Parc l´Arche de Noé o visitar el ecomuseo `La Maison du Platin´.... o simplemente contemplar un paisaje cuidado, tranquilo, sosegado, que aún parece conservar ese aire que debía tener cuando se trataba de una isla sin conexiones a tierra de ningún tipo.

En Ile de Ré se encuentra también una cárcel, que por su privilegiada situación. casi cuesta creer que se trate de eso, de una prisión.

Antes de abandonar la isla nos acercamos a una de sus playas, Le Bois Plage. A tope de gente pero, aún así, invita al baño, aunque sólo sea por aprovechar el día de clima mediterráneo que nos ha regalado la jornada. Son playas de arena fina y muchos de sus bañistas se acercan en bici hasta la costa. Una iniciativa envidiable.

Ese día dormimos en La Roche Bernard, entre Santes y Vannes, un municipio clasificado como de especial interés turístico. Junto al mismo embarcadero y junto al Club Náutico hay un buen camping municipal. Por 12 € se puede descansar junto al mismo río. La otra posibilidad es pernoctar en el parking situado junto al camping, también frente al embarcadero y una amplia zona de columpios.



SABADO 14 AGOSTO.

La mañana amaneció lloviendo. Nos dirigimos a Vannes, donde dejamos la AC también frente al puerto. Parking autorizado para AC de día pero prohibido desde las 20.00 hasta las 9.00 horas. La oficina de turismo está muy cerca y abre a las 10.00 de la mañana. Es una bella y florida ciudad. Sus construcciones son ya bien distintas a las que estábamos acostumbrados. Son de tejados más empinados y más similares a las casas alemanas. Coincidimos con día de mercado... flores, fruta, verdura... una delicia pasear por sus callejuelas y disfrutar de los muchos y diferentes olores que se desprendían de los puestecitos. Lloviznaba un poco pero a pesar de ello el mercadito estaba repleto de gente. Un buen sitio para hacer acopio de alimentos. Compramos comida preparada, fruta y nos dimos un buen festín... En Vannes no hay que desaprovechar la oportunidad de pasear por los jardines situados junto a la muralla por su colorido y estilo floral. Ese fin de semana se celebraba una tradicional fiesta bretona con música céltica. No lo vimos, pero aseguran que es todo un espectáculo.

Luego nos dirigimos a la "Presqu'île de Quiberon" (Casi isla-península). Es, por tratar de definirlo de alguna manera, un enclave de postal. Merece la pena recorrerla toda, sobre todo por donde se conoce como la "Cote Sauvage". Es una costa agreste, salvaje como su nombre indica, repleta de acantilados, todos tan bellos que resulta difícil escoger en cuál pernoctar. Es una isla pensada para las AC. Cualquier recodo del camino dispone de un entremetido en el que caben una decena de AC. Todas ellas se colocan cara al mar, lo que permite dormir frente al paisaje más bello que uno pueda imaginar. Contemplar el atardecer sentados en la cima de un acantilado es un espectáculo que no tiene precio. Bajo un riguroso silencio —si las niñas lo

permiten- se puede escuchar a las gaviotas y las olas del mar azotando las rocas.

El tiempo parece haberse parado.

Cerca ya de pueblo de Quiberon hay un área especial para AC donde tomar agua, luz y evacuar aguas sucias. Quiberon es un pequeño pueblo pesquero, donde es difícil aparcar, incluso parar unos minutos.

Allí preguntamos por los precios para embarcar la AC en dirección a la Belle Ile. Totalmente prohibitivos: 50.000 pesetas por AC. Nos consoló saber que la lista de embarque está repleta desde hace seis meses.

También existe la posibilidad de embarcar sin AC por 23 €. Sin embargo, esta posibilidad resulta algo inviable si se viaja con niñas pequeñas.

En Quiberon también se ofrece al visitante la oportunidad de alquilar bicicletas para recorrer la isla. Una posibilidad única la de contemplar al ritmo de pedales la belleza de un islote que nos cautivó.

En esta jornada nos encontramos con Pablo y Bea, que nos recibieron con un cartel y su mejor sonrisa. Comimos los productos que adquirimos por la mañana en el mercado de Vannes. La sobremesa se alargó hasta las seis de la tarde. Teníamos a nuestras AC descansando y por delante todo un jardín salvaje sólo para nosotros. Las niñas, sobra decirlo, disfrutaron de lo lindo correteando sin ningún tipo de peligro. El tiempo nos acompañó toda la jornada y, bien que lo agradecemos.

Por la noche, para celebrar el encuentro hicimos por vez primera en todo el viaje una parrillada a base de carne. De noche, bajo las estrellas y frente al mar, queríamos que los relojes se pararan... un poquito. No nos cansamos de repetir que era el paisaje más bello que uno puede imaginar... y no exagerábamos. La charla, aprovechando que las niñas ya dormían, se prolongó hasta las 2,30 de la madrugada.

El otro lado de la costa de Quiberon, la que no es `salvaje`, es de playas, mucho más turístico. De ahí se comprende las colas de tráfico para entrar o

salir de la península, sobre todo si se trata de un fin de semana.



DOMINGO 15 DE AGOSTO.

Nos levantamos sobre las 9 de la mañana a un ritmo tranquilo y sosegado. Queríamos continuar viaje pero no nos hubiera importado estar allí algún día más. Volvimos a contemplar el Atlántico. Parecía una balsa de agua, pero no hay que dejarse engañar. Cerca pudimos leer un cartel que prohibía el baño y recordaba todas las víctimas que se ha llevado el mar. Después, sobre la mesa, todo tipo de repostería francesa. Luego, de nuevo en ruta, dejando atrás una península de la que todos guardamos un grato recuerdo.

En el casi diminuto Ploemel paramos para comprar pan y carne fresca. Es uno más, escogido al azar, de los pueblos que salpicaban nuestro camino lleno de encanto. Aunque era algo angosto, no era difícil encontrarse con personas que disfrutaban de un paseo en bicicleta. Una costumbre envidiable que en España no se potencia a pesar de que el clima y la orografía, en muchas zonas, es más benigno que en el resto de Europa. Disfrutamos en nuestra ruta con la vista de pueblos adornados con las típicas flores. Nuestro viaje con AC era como una película sin fin. El ritmo lento y tranquilo que impone la AC facilita la contemplación del paisaje. Decidimos ir costeando con la esperanza de reencontrarnos con nuevos acantilados y evitando ciudades como Carnac o Lorient.

En el camino nos encontramos con un cartel que anunciaba la fiesta de la cerveza y el mejillón en Le Pouldu. Demasiado atractivo para obviarlo.

Decidimos dirigirnos hacia allí. Es un pueblo con vistas al mar, numerosos camping y un área para AC por el que cobran 4 €.

Una fiesta para la que se preparó en plaza del puerto bancos y mesas de madera. Caceroladas de mejillons a 4€, crêpes a 1 €, patatas fritas, sidra, vino

o cerveza al ritmo de música bretona que salía de los instrumentos de un cuarteto que tocaba en el escenario. La fiesta dio comienzo a las 7 de la tarde. Lástima y mucha que a la hora comenzara a lloviznar y que esa fina lluvia se convirtiera al poco tiempo en una tormenta que se prolongó más de hora y media. Los bretones, que al principio ignoraban la lluvia y proseguían su conversación comiendo mejillones al ritmo del agua, terminaron por abandonar sus bancos. Todos acabamos bajo la única carpa que se había montado para protegerse de la posible lluvia. Buen ambiente, a pesar de que fue, nunca mejor dicho, una fiesta pasada por agua.

LUNES 16 AGOSTO.

De nuevo la mañana nos deparó una fina lluvia. Paramos a desayunar en Port Aven, un pueblecito sacado del mejor cuadro, casi de cuento, creado para agradar cualquier mirada. A la entrada un cartel lo define como pueblo de pintores. Es difícil que un artista del pincel no encuentre aquí su inspiración. Está lleno de galerías de artistas que muestran su arte al viandante. Allí se pueden ver todo tipo de construcciones: casas de tejado de paja, mansiones de piedra, tejado de pizarra... Un río recorre el municipio y a su paso hay puentes de madera adornados con flores multicolor, un molino de agua, ocas que te saludan en espera de un trozo de pan, pequeñas cascadas.... Un enclave para pasear y disfrutar de sus encantos. La lluvia se ha empeñado en acompañarnos todo el viaje. Nos permite ver Port Aven pero nos impide callejear por Quimper, tal y como era nuestra intención. Así es que decidimos seguir hacia Pointe du Raz, desde el que ver el conocido como Phare de la Vieille. Cruzamos en nuestro camino por el pequeño pueblo de Plozénet, que precisamente celebra los días 16, 17 y 18 de agosto un Festival de Folk. Son las 13.30 horas y el sol comienza a abrise paso entre las nubes. De momento la lluvia ha cesado. Antes de llegar hasta Pointe du Raz, paramos a comer en un pequeño pueblo situado a unos dos kilómetros de faro. Allí degustamos con vistas al mar las mejores crêpes saladas hasta el momento en nuestro viaje. Crêpes bañadas con un buen vino blanco. Después, en Pointe du Raz visionamos un video sobre las obras de rehabilitación del enclave. La acción del hombre estaba siendo nefasta para este lugar. Han sido necesarios 1.200 millones de pesetas para restaurar el enclave y acondicionarlo para las visitas. Se trata de uno de los puntos más occidentales de Francia. Han construido varios parkings para coches y áreas para AC. Cobran 5 € por aparcar y otros 5€ por pernoctar. Desde ahí se puede elegir un paseo de unos veinte minutos por acantilados hasta la misma punta, o bien tomar un autobús que sólo en un minuto te deja cerca del lugar de contemplación. Desde ese punto se puede disfrutar de la vista del Phare de la Vieille, uno de los más conocidos de Francia. Tras él la Ile de Sein y enfrente el Semaphore. La estampa es bellísima aunque uno espera quizá un lugar más tranquilo y no deja de ser un punto turístico donde se dan cita cientos de personas en busca de lo mismo: una foto y un grato recuerdo.



Dormimos en el área para AC. La noche era clara y pudimos admirar un bello espectáculo de estrellas, algunas fugaces. En lo alto se veía a la perfección la Vía Láctea y la Osa Mayor y más cerca el resplandor del Semaphore girando. Una noche tranquila aunque muy húmeda por la cercanía al mar.

MARTES 17 DE AGOSTO.

La mañana amaneció lloviendo aunque paró pronto, lo que facilitó una visita al resto de puntos con vistas únicas del Atlántico y otros faros. Así, apenas a tres kilómetros se encuentra el Pointe du Van, desde el que se ve a la perfección el Phare de la Vieille y el Tévenec. Allí mismo, frente al mar, un área para AC y también un hotel de dos estrellas, el Baie de Trepases. Y a otros tres kilómetros, otra parada inevitable es el Pointe de Brézellec para contemplar acantilados que nada envidian a los de la Isla de Sky de Escocia. Son las 12.30 horas y vuelve a llover. Pasamos de largo por Douarnenez y seguimos por la D-63 hasta Menez-Hom. Dormimos en Roscannel, cerca del Pointe des Espagnols, tras un día de fuertes tormentas que cesaron de cara a la noche, aunque no el frío. Frente a nosotros un lago y una bella estampa de casas que salpican la ladera de una montaña. Silencio en la noche.

MIÉRCOLES 18 DE AGOSTO.

Nos levantamos y fuimos haciendo camino hasta llegar a Paimpol. Allí, cerca del centro hay dos áreas para AC. Pernoctar cuesta 5.20€. Es un poblado marítimo donde hay numerosos callejones, unos pequeños locales y restaurantes donde degustar comida típica y no tan típica. Por la noche, para no variar, volvió a llover. En Paimpol las niñas estrenaron sus primeras botas

de agua y daba gusto verlas saltar en todos y cada uno de los charcos que encontrábamos por nuestro camino. Desde luego, Bretaña es un país lluvioso, donde el tiempo puede cambiar en cuestión de segundos varias veces a lo largo del día.

JUEVES 19 DE AGOSTO.

Brehat. Es una isla de unos tres kilómetros y medio que se puede recorrer en bici, a veces no sin cierto esfuerzo, donde ciclistas y peatones se entremezclan por los muchos caminitos que conducen hasta el faro o el litoral. Un faro atípico, pues más se parece a una torre almedíjar. Desde lo alto se puede una vez más disfrutar de una bella vista del Atlántico. Esta isla es un lugar donde queda muy patente la acción de las mareas. De hecho, el barco que te conduce hasta el islote te deja por la mañana en un muelle, pero a la vuelta hay que dar un paseo de unos veinte minutos para dirigirse a otro, dado que el mar ha dado paso a una zona de ciénagas. Hay una amplia zona de parking para AC con el fin de aparcarla hasta el regreso. Si el día sale soleado (como fue el caso) merece la pena tomar el pic nic tumbados junto al mar y con la vista del Atlántico. El centro, por llamarlo de alguna manera, está repleto de tiendas de souvenirs, bares y restaurantes. Tomar el barco para dirigirse a la isla cuesta 14 € por persona, y el alquiler de las bicis 12€ la unidad. Por la noche llegamos a Mont Saint-Michel, ya en Normandía, donde se puede pernoctar a los pies de la abadía por 8 €.



VIERNES 20 AGOSTO

Observar el santuario de Mont Saint-Michel es sorprendente desde cualquier punto de vista y a cualquier hora. Ascender por sus calles, a pesar de las

cuestas (calculan que se trataría de novecientos escalones), es un esfuerzo que se ve recompensado al revivir la época medieval a la perfección. Es factible hacer el recorrido con niños pequeños (aunque sea a cuestas). No es difícil hacerles creer que tras una de las muchas colmenas de la abadía aparecerá una princesa o un dragón. Nosotros lo hicimos el camino de día, peor ahora, en la distancia, reconocemos que hubiera merecido la pena hacerlo al atardecer, lejos del bullicio de los miles de turistas que nos congregábamos en un mismo punto. Nos comentaron que por la noche se puede recorrer la abadía con música de fondo y una iluminación que resalta aún más la belleza de esta construcción del siglo X. Cuentan que la larga historia del Mont-Saint Michel habría comenzado en el año 708, cuando Aubert, obispo de Avranches, hizo elevar en el Mont tombe un santuario en honor del Arcángel. El monte se convirtió rápidamente en lugar de peregrinaje. En el siglo X los benedictinos se instalaron en la abadía mientras que más abajo se desarrollaba un pueblo. Merece la pena también contemplar una vez más la acción de las mareas. Por la noche el mar cubre completamente las zonas de acceso a la abadía, dejándola aislada por agua. Por el día, esa agua desaparece al retroceder, dejando incluso puntos de arenas movedizas. Nos despedimos de Bea y Pablo. Después de unos días juntos ya nos habíamos acostumbrado a su presencia. Las niñas también. Después nos dirigimos a Saint-Maló, una ciudad que el día anterior pasamos por alto para hacer noche. Lo hicimos en la zona portuaria.



SABADO 21 AGOSTO.

Visitamos por la ciudad esta ciudad amurallada. Dispone de tres áreas para AC, una de ellas permite ir andando hasta el centro. Las otras disponen de autobús gratuito con bastante frecuencia hasta el centro. Allí tomamos un

pequeño trenecito, que por 5 € cada adulto recorre el Intramuros al ritmo de una guía que comenta lo más destacado de la ciudad. Este casco antiguo merece mucho la pena. Está lleno de vida, de músicos y de pintores por las calles, de pequeñas tiendas, restaurantes y cafeterías. Desde lo alto de sus murallas se puede contemplar algunas de las islas que rodean Saint-Maló. También se puede observar el Fort National, accesible cuando la marea está baja. En su puerto atracan numerosos veleros que reflejan como Saint-Maló es un centro de vacaciones.

Allí volvimos a probar los mejillones con patatas fritas. La verdad es que las raciones están muy bien y son económicas, entre los 6 y los 10 € dependiendo de la salsa que se elija. Se puede acompañar con un buen vino blanco y ... la comida está lista para ser degustada.

Luego tomamos dirección St. Ló para dirigirnos a Omaha Beach. Allí por primera vez en todo el viaje apostamos por un camping. Era ya momento de hacer una buena colada. El camping de 'd'Omaha Beach', no hacía honor a su calificación –dos estrellas-, dado que estaba muy bien, justo frente a la playa, con amplias instalaciones, pequeñas parcelas separadas unas de otras por setos altos lo que concedía a cada uno de los campistas gran intimidad. Dispone además de todo tipo de servicios, incluidos columpios para los más peques. Cuesta 8 euros por adulto, 4 euros por niño, 4 euros por emplazamiento y otros 4 por toma de electricidad.

El camino desde St. Ló hasta este extremo de Francia te transporta a otros países. El paisaje se asemeja más a Austria. Las calles, las casas, las carreteras... son aún más – si cabe- ordenadas y limpias que en el resto del país que hemos recorrido. Se trata de kilómetros de zonas verdes, de casas empinadas de piedra con tejados de pizarra... Una vez más Francia nos volvía a sorprender por su belleza, por su calma, por su tranquilidad....



DOMINGO 22 AGOSTO.

Nos dirigimos, con día soleado, a Colleville-sur-Mer, donde en la cima de una ladera se encuentra el Cementerio Americano, un tributo conmemorativo a los caídos en el Desembarco de Normandía. El césped está cubierto con 9.386 sepulturas de mármol. Se trata de un manto verde, cuidado al extremo. Sorprende, y mucho, contemplar todas las cruces blancas sobre una colina con vistas al mar. Uno no puede dejar de pensar en tantas vidas de jóvenes que se perdieron en una guerra. Este cementerio, con una extensión de 70 hectáreas, es uno de los catorce cementerios americanos permanentes conmemorativos de la II Guerra Mundial que han sido construidos en tierras extranjeras. Luego, parada inevitable en el Pointe du Hoc. Es pasear por la historia más cercana. Aún se conservan búnkers, cañones, alambradas, agujeros producidos por los obuses... No cuesta nada imaginar el desembarco cuerpo a cuerpo que se produjo en ese lugar. Fue, sin duda, un momento para la reflexión. Después comimos y decidimos, sin tenerlo planeado, poner rumbo a Eurodisney.... Acampamos en París, pero a las afueras, en un camping de cuatro estrellas que nos costó 24 euros. Descansamos y preparamos a las niñas para disfrutar de la magia y el encanto de un parque pensado para hacer soñar....



LUNES 23 AGOSTO.

El parque ofrece la posibilidad de dormir en el parking, por 20 euros la noche. Hay duchas y servicios, además de poder cargar agua y vaciar las sucias y negras. Las entradas de las niñas eran gratuitas, al no tener todavía 3 años. Las nuestras, 80 euros, más otros 29 euros del parking. Allí alquilamos un carrito, (6,5 euros) y disfrutamos todos del mundo de Disney. Fue para las niñas un buen remate de nuestro recorrido por la bretaña Francesa.

Tras ese día, ya de regreso a Benicàssim (Castellón) hicimos escala en Macon (Borgoña para hacer una visita a los abuelos y de paso comer unos buenos caracoles, acompañados de un Beaujolais), Girona (platja d'Aro) y Tarragona. Nos tomamos la vuelta con la tranquilidad que requiere poner punto y final a una maravilloso viaje en el que nos estrenamos con la AC. Ahora ya sí que no teníamos ninguna duda... Es otra manera de viajar, de conocer mundo, de tener todo el tiempo a tu disposición, sin estar atados a horarios de hoteles o restaurantes.... Las niñas recuerdan estos días como su primer viaje en `una casa con ruedas´. Qué bien saben los niños definir las cosas.

Ahora, de regreso a casa..... y al trabajo, ya estamos pensando cuál será nuestro próximo destino. Y mientras tanto, nos quedan los fines de semana para seguir disfrutando de nuestra casa con ruedas.

Fabrizzio y Elena